
Entre puntos de lectura



Seix Barral Biblioteca Breve

Soledad Bianchi

Entre puntos de lectura

Reflexiones, recortes, enlaces

© 2026, Soledad Bianchi
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6424-63-5
Registro de Propiedad Intelectual N° 2026-A-337
Primera edición: marzo de 2026

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen
Impreso en: CyC Impresores Ltda.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización
o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar
sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

SOBRE ESTOS PUNTOS DE LECTURA

Cuando escuché la frase “puntos de lectura” me pareció una imagen aguda y dinámica. La busqué en diccionarios, sin encontrarla, pero por la definición y los comentarios de Wikipedia me enteré de que se trataba del “marcapáginas”. Me pareció menos maleable y más precisa y acotada de lo que había imaginado. Por esto, he querido ampliarla: me gustaría que un “punto de lectura” se entendiera, también, como un espacio y una ocasión, un lugar y un momento donde se realiza la lectura... no solo de escritos. Mi deseo es que un “punto de lectura” se comprenda, además, como un sitio y una circunstancia desde donde comienza un viaje... que no termina: la lectura. Y junto a estos ambientes y tiempos, me propongo que estos “puntos” abarquen, asimismo, productos e inventos de la lectura, y que también sean un punto de partida para pausas solo momentáneas pues el impulso hacia el conocimiento es inagotable, una acción constante que siempre recomienza.

Ustedes se preguntarán —y con razón— si puede decirse algo novedoso sobre la lectura cuando no solo es fácil llenar páginas y páginas con bibliografía sobre ella sino que también pueden ocuparse (casi sin fin) repisas y estanterías con libros dedicados a sus diferentes dimensiones: qué y cómo se la entiende, sus aspectos fisiológicos, psicológi-

cos y mecánicos; su proceso de enseñanza, sus logros, sus problemas, sus actores y muchísimo más. No obstante, me parece que se puede continuar indagando sobre la lectura porque cada vez que leemos se abren nuevos misterios que siempre dejan una pequeña abertura por donde regresar a intentar comprenderla... y disfrutarla.

Cuando intento visualizar este transcurso de ojear, deletrear, silabear, descifrar, repasar, interpretar, analizar, hojear, lo percibo tan complejo como esos soberbios, paradójicos, versos de “Cordillera”, de Gabriela Mistral (1889-1957): “Atalanta que en la carrera / es el camino y es la marcha”. Así vislumbra, ella, las montañas: fijas y, de modo simultáneo, en tránsito; detenidas y, a la par y sin discordancia alguna, trasladándose. ¿Cómo no vincular con la actitud lectora habitual, ligada al silencio, la quietud y la concentración, totalmente inseparable del continuo movimiento de los ojos... y de las páginas, de la celeridad de las ideas y del vagabundeo del pensamiento y de la fantasía? (Y al leer estas líneas cumbres de la poeta chilena enfocadas hacia la naturaleza, me parece distinguir una imagen similar, entonada por la voz de Joan Manuel Serrat: “Caminante no hay camino / se hace camino al andar”, su lectura libre del poema xxix, de *Proverbios y cantares*, del español Antonio Machado [1875-1939]).

Solo fragmentos forman mi libro. En sus páginas y con ellos, enfoco desde diferentes puntos de vista el hecho de leer y trazo un recorrido propio y poco lineal, con encrucijadas, enlaces, constelaciones, caleidoscopios, razonamientos, juicios. Así, me acerco, una vez más, a la lectura, la actividad que seguramente más realizamos, día a día: en la mañana leemos, tal vez, titulares de un periódico (virtual o en papel) o las redes sociales o el letrado de una micro, y

mientras pasan las horas no dejamos de hacerlo, hasta leer las páginas de un libro o el nombre de un medicamento antes de dormirnos.

En estas andanzas en torno a la lectura se hace evidente e innegable su ceñido e indisoluble vínculo con la escritura, con los signos, con la comunicación, la oralidad, el silencio, los lenguajes: entre estos, el escrito es solo uno, y se relaciona con ciertas formas sociales que —según Ducrot y Todorov— funcionan, igualmente, “como un lenguaje”: los mitos, la moda, el sistema de parentesco, por ejemplo.

Hace ya casi setenta años, en 1957, en su obra *Mythologies*, Roland Barthes observó a su alrededor y leyó la astrología, el *striptease*, la cocina, las fotos, el bistec con papas fritas, actores, autos y más, como signos y lenguajes, y los consideró mitos contemporáneos y parte de la reflexión sobre los signos que es la semiótica o semiología.

También con dedicación se ha discutido y estudiado si puede afirmarse la existencia de lenguajes tan diversos como el de los perfumes (existe una Academia y un *Diccionario* sobre ellos), de los gestos, de las manos, de las banderas, de las computadoras, de las velas, de las artes (música, cine, foto, artes visuales [pintura, instalaciones, acciones de arte]), de las imágenes, de las señales de la ruta.

Seguramente, ustedes han oído mencionar el *lenguaje de las flores* que durante la extensa época victoriana —la reina Victoria gobernó entre 1837 y 1901—, fingiéndose secreto y sin usar palabras, con una codificación y símbolos diversos que incluían tanto la forma de las flores como sus colores, fue muy usado como un modo de esquivar las restricciones sociales que se exigía respetar. Se basaba en *El lenguaje de las flores* (1818), de Charlotte de La Tour. Y hay más: en 1929, en la revista *Documents*, Georges Bataille publicó su artículo “El lenguaje de las flores”, y Federico

García Lorca escribió la hermosa obra de teatro *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*, en 1935. En una parte, el personaje de la Madre alude al “lenguaje del abanico, el lenguaje de los guantes, el lenguaje de los sellos y el lenguaje de las horas”. En realidad, este enfoque al lenguaje de objetos y del cuerpo parece no tener final. Entre tantos, el de los abanicos que, de acuerdo al modo como lo usaran las mujeres, comunicaban y transmitían mensajes diversos, si bien siempre relacionados y simbolizando la conquista amorosa.

Distinto es el *nu shu* que “parece ser la única escritura en el mundo creada y utilizada exclusivamente por mujeres”. Constituida por mensajes escritos o bordados, en especial en los abanicos, en un lenguaje silábico (y no ideogramático/logográfico como el chino) se utilizó en Hunan, al sur de China, según algunos desde hace tres mil años, pero hay discrepancia sobre su antigüedad. Yo supe algo de él por mi lectura de *El abanico de seda*, una novela de Lisa Lee, autora estadounidense de origen chino que elaboró una ficción muy amena con elementos históricos, amalgama que, con cierta frecuencia, deriva en libros que se venden por miles y miles, como fue el caso. En YouTube se puede escuchar una *Sinfonía multimedia* de 2013, de Tan Dun, que incorpora este idioma.

En “El idioma del Paraíso”, la creatividad de la narradora mexicana Verónica Murguía desplaza los límites hasta llevarnos a la extrañeza y, al mismo tiempo, a nuestra realidad, es decir, a nuestra siempre sorprendente existencia: “El único idioma que poseían los niños —dice la protagonista— era el de las lágrimas. Sé que ese es el lenguaje humano primero. He visto, además, que en la muerte a algunos se les olvida el habla y se despiden de la vida entre moco y lágrimas, así que con frecuencia también es el último. El

llanto es el idioma que de verdad nos pertenece a todos, porque cualquiera que sea la lengua que hablemos, todos lloramos igual. El llanto era el idioma de la humanidad; el del Paraíso seguía siendo un misterio”.

Son muchos los lenguajes paralelos al nuestro. Como ejemplos, valgan los anteriores. Al leerlos, describirlos y entenderlos, nos damos cuenta de que todos han sido creados por el ser humano o le conciernen. Existen, asimismo, aquellos diversos utilizados por otros seres, como los que observa e indaga la zoosemiótica.

El escritor y estudioso belga Maurice Maeterlinck, célebre por sus trabajos sobre la naturaleza, como *La vida de las abejas* (1901), *La inteligencia de las flores* (1907), *La vida de las termitas* (1927), *La vida de las hormigas* (1930), destaca la agilidad de las abejas para transmitir, incluso, situaciones inhabituales. Curiosamente, es fácil comprar hoy estos libros que —a mi parecer— pueden leerse casi como novelas, con el agregado de que podemos admirarnos y pensar en Maeterlinck poeta cuando, entre otras definiciones, se muestra que para el Premio Nobel del año 1911 la miel equivaldría a “enormes capas de luz licuada”.

Me salto más de un siglo y leo a algunos lingüistas de una época de oro: la década del sesenta del siglo pasado. En su volumen *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*, la teórica Julia Kristeva reconoce que las abejas utilizan un código sutil, bastante parecido al lenguaje humano, pero, al igual que los otros investigadores que examinan los modos de comunicarse de animales, pájaros o insectos, ella opta por considerarlos códigos de señales o códigos de comunicación por no estar fundados en el signo y el sentido. Respecto, también, a las abejas, el lingüista Émile Benveniste piensa que su sistema de comunicación no puede asimilarse al lenguaje humano por ser gestual y

no vocal, y aclara que tampoco hay diálogo pues el destinatario —solo otra abeja del mismo panal— tiene una reacción, no una respuesta. Y a pesar de que “la sociedad es la condición del lenguaje” y ellas la tienen y la necesitan para desarrollar y utilizar ese código de señales, no pueden retransmitírselo ni siquiera a otras que no habiten con ellas ni menos, evidentemente, a otros insectos. Por lo demás, Benveniste sospecha que es posible que la comunicación entre las abejas, tan importante y sugerente, refiera únicamente a la comida, y previene que los mensajes entre ellas solo pueden transmitirse con luz de día. (Me centré solo en las abejas, su lenguaje e inteligencia, pero los estudiosos incluyen más y enfocan a delfines, primates, abejorros, cuervos, hormigas, cucarachas, libélulas, pulpos, perros, cerdos, etc.).

Piensan, ustedes, que me fui por las ramas y me perdí o... que me enredé entre los puntos o... que me puede haber sucedido como Yuna Riglos (¿la recuerdan?), la personaje principal de algunas novelas de Aurora Venturini, novelista argentina que a sus ochenta y cinco años ganó su primer premio literario y, recién entonces, después de haber publicado más de una docena de narraciones que ni se conocieron, sus obras comenzaron a leerse. Léanla, se reirán, a pesar de su crueldad y de nuestro mundo de tragedias y violencia o, mejor aún, dentro de este universo literalmente lleno de desastres, es decir, desastroso. Así se desordena Yuna en *Las amigas*: “Se me han caído casi todos los puntos y las comas y los dos puntos y los suspensivos y la mar en coche se ha caído y a veces me parece que me ahogaré con tantos signos abullonados en el interior de mi cabeza de la cual suelo expulsar algunos suspensivos y...”.

Pero yo no me he confundido..., y retomo y vuelvo a los lenguajes de cosas y cuerpos y tomo una frase de

Bataille (del artículo ya nominado) donde advierte: “Parece oportuno reconocer que esas aproximaciones pueden ser renovadas a voluntad”: en específico, él indica el asunto que le interesa —las flores—, pero, sin duda, puede extenderse a todo lo nombrado en esos párrafos con el sesgo de la ductilidad y el cambio o acumulación de significados que pueda tener cualquier lenguaje que hayamos inventado: me decían, hace poco, que hoy se usan las trenzas como un modo de comunicarse y, ahora, con perspectivas y simbología y mensajes diversos o superpuestos a los que existieron en el pasado: durante la esclavitud, por ejemplo. En este momento, me interesa también fijar mi mirada en una suerte de añadido que puede sumarse a la comprensión habitual sobre lo que entendemos por leer, ya que este verbo tiene varias acepciones.

Además de la definición que todos conocemos, en su diccionario, María Moliner incluye esta: “Ser capaz de entender otro tipo de signos”. Por mi parte, yo quisiera continuar este alcance y enfoque incorporando, asimismo, este uso lingüístico a campos tan disímiles como la lectura de una persona o de una emoción, es decir, de un lenguaje no verbal: “Todo puede ser leído. Desde luego, textos, pero también cuadros, planos, fotografías —asegura con certeza la excelente revista mexicana virtual *Jardín LAC. Lectura, arte y conversación en (y para) el espacio público*—. Las líneas de la mano y los gestos de un rostro, los accidentes de un paisaje, las nubes. Las más diferentes actividades y todos los objetos. Cada lectura puede ser también objeto de una lectura. / Aquí proponemos un espacio para hacer de la lectura una manera de ampliar nuestra posibilidad de descubrir y crear sentido. Con los cinco sentidos y las palabras”.

Para mí, la crítica literaria, la que yo escribo o la que hacemos todos como simples lectores (para nosotros o

compartiendo), cuando preparamos una clase, porque nos provoca placer o por la razón que sea, es una de las múltiples lecturas posibles, entre las tantas que puede haber: “Mientras más interpretaciones tengamos, más profundamente específica es la significación artística del texto y más larga es su vida. Un texto que admite un número limitado de interpretaciones se acerca al texto no artístico y pierde su longevidad artística específica (lo que, evidentemente, no le impide tener una longevidad ética, filosófica o política, determinada, sin embargo, por razones muy diferentes)”, afirma Yuri Lotman.

Cuando el libro es complejo en significados o/y en estructura, no es unívoco ni literal y no se agota ni inmoviliza con un solo recorrido y una sola visión. “Son buenas obras solo aquellas que han sido durante mucho tiempo, si no trabajadas, al menos soñadas” (Joseph Joubert, 1754-1824).

Volvamos a *Entre puntos de lectura*: a partir de reflexiones sobre la lectura, yo he pretendido ir abarcando más, como las ondas concéntricas que se producen en el agua cuando se le impacta. Simultáneamente, imaginaba que estas se friccionaran con otras corrientes menos visibles hasta producir surtidores que saltaran hacia la superficie. Estos diferentes flujos permitirían extender inmensamente el horizonte y construir un amplísimo panorama, recogiendo y elaborando y describiendo imágenes, situaciones, realidades, dichos, ambientes, etcétera, relacionados con la lectura porque siempre habrá un enlace, un contacto, una sinapsis, un conjunto de nuditos o quipus, entregados por algún chasqui o correo (el escritor, en este caso), que permitirá expansiones múltiples.

Mi propósito es que haya hibridez y polifonía en los modos de expresión y de expresarme pues no quise la existencia de una sola “voz” sino que fueran múltiples, hetero-

géneas y que coexistieran. Es así como hay una escritura supuestamente más objetiva que coincide con otras hasta llegar a un yo. Creo que estos matices dispares pudieron obtenerse, en buena parte, gracias al fragmentarismo y a una búsqueda no causalidad, importantes motores que, en numerosas ocasiones, me permitieron despegar y no apegarme a lo más evidente e inmediato.

Me gustaría que *Entre puntos de lectura* pudiera leerse como un relato, pero no creo que esta narratividad se dé en el libro completo. Sé que hay momentos en que por asociación libre, poco más o menos, por complementariedad o por antagonismo u oposición, se fueron armando historias que no quise separar en capítulos, aunque muchas quedaron ligadas, fuera por tema, fuera por punto de vista, fuera por rapidez o ritmo cansino. Un ejemplo: cuando estaba escribiendo sobre la capacidad y posibilidad de leer, de pronto un indicio evidenció lo contrario: entonces se me hizo claro que tenía que dedicar espacio al analfabetismo, y este, a su vez, acarreó la realidad de la falta de escritura de tantos idiomas indígenas, la desaparición definitiva de muchos de ellos, los intentos actuales por rescatarlos, etcétera, etcétera.

Referí a que mi libro contiene relatos. Quizá por su fragmentarismo podría pensarlo, asimismo, compuesto por fotogramas de celuloide de una película antigua, no digital. Fotogramas que habrían constituido un film, pero que, ahora, como está cortado y ha perdido el orden correlativo (1, 2, 3...), entre cita y cita de *Entre puntos de lectura*, el silencio y el vacío permiten al lector elucubrar, pensar, relacionar, interpretar, retroceder, saltarse páginas, leer, dejar el libro, releer: “El mejor lector —para el crítico mexicano Christopher Domínguez— es aquel que relee, no el que consume novedades literarias”.

Y termino confesándoles tener la seguridad de no haber terminado, porque escribir sobre la lectura es un trabajo de nunca acabar, al igual que la lectura... en el formato que sea.

Santiago, octubre del 2025.